
El Caribe anglófono. La creación de una nacionalidad

*Luis Ortiz Monasterio**

*Out of many
one people*

Lema nacional de Jamaica

El gusto por la globalidad nos duró poco. La utopía de Mc Luhan y su aldea global se vio, de repente, rebasada por estremecimientos centrífugos, latentes, subyacentes, omnipresentes.

En la gran fiesta de las inmensas unidades económicas de la posguerra fría, irrumpió, sin la invitación de rigor, el nacionalismo salvaje, excluyente y no pocas veces violento, el pensamiento pueblerino así como la desagregación al infinito de etnias y comarcas.

Ochenta años después de los incidentes que precipitaron la primera guerra mundial, Sarajevo vuelve a ser el nudo de conflictos simplemente pospuestos.

La tendencia a la tribalización nos obliga a un enfoque nuevo o, por lo menos, adicional en el análisis del comportamiento de la sociedad internacional. No basta, en adelante, en la formación de los nuevos diplomáticos, la óptica a menudo simplificadora de la planeación global.

Parece hoy impostergable encaminarse en el desglose, en la disección paciente, en la relojería fina del mosaico de culturas que conforman, pieza por pieza, el horizonte mundial.

El elenco de la sociedad internacional contemporánea se ha ampliado hasta abarcar no sólo a los estados nacionales y las multinacionales económicas. Crecerán cada vez más conspicuamente las más diversas regiones y nacionalidades, así como la explosión de organismos no gubernamentales.

Del telescopio de la globalidad habrá que descender, con gemelo ímpetu, al microscopio de las particularidades sociales que conforman el rico engranaje de zonas y subregiones. Sin despegar un ojo al gato de las constelaciones, habrá que estar en el otro, en el garabato del átomo y sus partículas.

Es por lo mismo que el análisis de una región como el Caribe nos permite, en una área restringida, conocer sus microclimas sociales, sus dinámicas de interacción y el comportamiento de pequeños entes isleños.

* Embajador de México en Jamaica.

Desde luego el elemento aglutinante más a la vista era el uso común del idioma inglés, con todas las consecuencias culturales que ello conlleva.

Todo parecía favorecer la unión de este conglomerado de territorios que empezaba y terminaba en la lejana e inescrutable tierra firme latinoamericana. Por un lado Honduras Británicas (hoy Belice), en el corazón de mesoamérica, y por el otro Guyana en la feracidad del cono sur.

En su intermedio un arco insular de islas angloparlantes entreveradas con otras, que en los juegos de guerra de la edad de oro de la colonización fueron escrituradas a diversas potencias europeas. En la etapa crepuscular de la repartición, los sobrinos del tío Sam también participaron en la tómbola antillana.

Hace 35 años, en 1958, nació bajo los mejores auspicios, la Federación de las Indias Occidentales. La voluntad integracionista apenas si estaba opacada por el hecho de que los 10 estados miembros estaban aún formalmente sometidos al estatuto colonial británico.

Como sus hermanos de tierra firme latinoamericana, también las primeras ilusiones integracionistas del Caribe naufragaron en un mar precisamente testigo de múltiples siniestros náuticos, debido a sus huracanados vientos y a sus triángulos de arrecifes, bajamares y corrientes subrepticias.

Como todo sistema integrado que se respete, el Caribe anglófono mantiene un equilibrio dinámico entre dos fuerzas encontradas; la centrípeta o unionista, y la centrífuga y dispersiva.

Hasta la fecha este binomio integración-dispersión explica la rica y azarosa historia de la cultura *West Indian* y sus instituciones comunitarias.

Paradójicamente la tendencia centrífuga, balcanizante o individualista, tiene sus orígenes en las mismas causas que propiciaron su temprana intención federal. Con excepción de Belice, Trinidad-Tobago y Guyana, las islas todas, cuyos tamaños oscilan entre el de 11 000 kilómetros cuadrados de Jamaica al de 99 kilómetros cuadrados de Montserrat, son competidoras de sí mismas. Al azúcar, café y banano de las plantaciones, se han sumado nuevas coincidencias a menudo interparalizantes; turismo y maquila.

Por sus dimensiones, por su carga demográfica, por su aparato productivo, por su singularidad proveniente de sus recursos de bauxita, por la cantidad y calidad de su diáspora y por su presencia cultural en el mundo industrializado, Jamaica merecería un análisis diferenciado.

La desconexión crónica entre los diversos miembros de la comunidad caribeña tiene su origen en la mecánica del orden social clásico que privilegió las relaciones verticales entre Londres y cada una de las islas, evitando el florecimiento de vínculos horizontales o interisleños.

Desde luego este esquema de dominio no fue privativo ni de Inglaterra ni de la era colonial. Aún en nuestros días en muchos de nuestros países se mantiene un sistema radial que parte de nuestras capitales y se conecta con sus provincias (*pro vincere*).

Las enormes distancias juegan por su cuenta un papel perverso disgregador y desgastante. Jamaica, por ejemplo, con la mitad de la población del CARICOM se encuentra a 2 000 kilómetros de distancia de Georgetown, capital de Guyana y cuartel general de la Comunidad.

Esta remotidad no sólo explica las dificultades técnicas en el ámbito de las comunicaciones sino también la peculiar mentalidad insular de los *West Indians*, quienes a menudo parecen insulares al cuadrado, en virtud de que su lengua vehicular, el inglés, también se formó en las islas brumosas.

Con este sentimiento anglocaribeño de aislamiento ha surgido otro, concomitante, constructivo y vital: su profundo convencimiento de excepcionalidad.

Este ánimo de singularidad, este orgullo *West Indian*, jugará un papel muy importante, con el paso del tiempo, en la creación de una nacionalidad anglocaribeña. Así cobrará vida la *magie antillaise*.

En otra aleccionadora coincidencia con sus vecinos mesoamericanos, la Federación de las Indias Occidentales colapsó antes de que se crearan los nuevos estados nacionales.

Pareciera que a contrapelo de las matemáticas, en las ciencias de la integración, el orden de los factores sí altera el producto. Primero fue la Federación en 1958, después su desmantelamiento a partir de 1961 y, por último, la Independencia en 1962.

Fue precisamente en ese año, con el nacimiento como entes autónomos de Jamaica y de Trinidad-Tobago, ya libres para diseñar su política interna y externa, cuando se inician los esfuerzos más coherentes para una genuina integración.

La firma del Tratado de Chaguaramas, hace 20 años, inicia un proceso en el cual no han faltado los dilemas ni escaseado las encrucijadas.

El primer piso de los dilemas se presenta al elegir entre la plena individualidad de cada antigua colonia, por un lado, y la creación de una comunidad, por el otro. Después de disuelta la fugaz federación no son pocas las voces, especialmente en las unidades más grandes, que abogan por el mininacionalismo a ultranza.

El segundo piso de los dilemas se da entre un Caribe ampliado y multilingüe que abarque a las demás islas del archipiélago, los franco e hispanoparlantes inclusive. A esta corriente se le oponen los puristas, abogados de una integración de socios solamente originados en la rancia tradición jurídica y cultural británica.

El tercer piso de los dilemas se encuentra entre las opciones solamente insulares frente a las vinculatorias con tierra firme. Esta disyuntiva entre el Caribe como cuenca y el Caribe como archipiélago, contrasta con un esquema de integración meramente isleño frente a una unidad mayor, sumados los territorios de tierra firme bañados por el mar vehicular; Colombia, Venezuela, Centroamérica y México.

Ante este amplísimo espectro, las posibilidades intercromáticas son infinitas. Lo que parece claro es que la tendencia de integración inter-anglocaribeña parece ser, a la fecha, la más madura.

Es por ello que, para los que hemos pasado parte de nuestra vida en este mar, queda claro que el nacimiento de un nacionalismo anglocaribeño está a la vista. Con lo cual estas islas diminutas darían un ejemplo mundial frente a la desintegración de estados multinacionales.

Frente a esa tendencia tribalizante, los altivos descendientes de los trasterrados de África, de los humillados por la esclavitud, de los cimarrones (decanos de la libertad), darán una prueba de que, a contrapelo de Fukuyama, la historia recién empieza.

Son varios los elementos que apuntalan nuestro optimismo integrador del Caribe anglocaribeño.

El primer elemento lo constituye la presencia objetiva de un germen de identidad intercaribeña; un sentido mensurable de pertenencia a una patria común, no por dispersa, menos propia. En cricket, deporte popular por excelencia de las Indias Occidentales, participan en competencias mundiales, en calidad de gran potencia, en un sólo equipo.

Otro elemento, no por evidente menos destacable, es el legítimo temor a que las nuevas grandes unidades económicas del planeta marginalicen a los pequeños estados insulares y se conviertan así en la pieza que sobra del nuevo rompecabezas mundial.

Asimismo un ingrediente que mantiene viva la llama integradora es la sociedad civil. Consciente de que no bastan los esfuerzos gubernamentales para la integración, los organismos no gubernamentales de mujeres, periodistas, derechos humanos e incluso de iglesias, le dan a los afanes comunitarios una sustancia de pueblo que a veces escasea en las rígidas y protocolarias, aunque indispensables, reuniones gubernamentales.

Por último, y no al último, la fuerza motriz que ha mantenido en alto el espíritu integracionista anglocaribeño son sus raíces intelectuales, sus tercios, afanosos y recios pensadores regionales, como Ramphal, Reinford, Mc Intyre, se han mantenido como la conciencia histórica de su Caribe. En ese sentido aparece a la vista una lección más de esta nueva civilización. No basta el interés

económico, comercial, naviero, tarifario y fenicio para avanzar en la integración. Se requiere un espíritu, un alma, un *alma mater*.

La Universidad de las Indias Occidentales (UWI), con sus pulcros *campus* de Trinidad, Barbados y Mona en Jamaica, son el *Brain Trust* de la formación de una nacionalidad común.

No es extraño así que un egresado de la UWI, el Premio Nobel de literatura, Derek Walcott, sea no sólo el prototipo del *West Indian* (mulato de sangre de espíritu y de letras), descendiente directo de Inglaterra y sus esclavos africanos, sino también el vocero de los pueblos variopintos y polifónicos del Caribe amplio.

have we melted into a mirror,
leaving our souls behind?
the goldsmith from Benares,
the stone cutter from Canton,
the Bronzesmith from Benin...

NAMES, 1973

Walcott se convierte de esta manera en puente paradigma, en exégeta y profeta del Caribe amplio, multifacético, pluricultural.

Para llegar a este nivel de conciencia de un Caribe amalgamado, Walcott hubo de transitar primero por las aguas inéditas de la conciencia afroinglesa, piedra angular de la cultura *West Indian*.

De este modo, la creciente integración del Caribe anglófono, por su potencial aglutinador más amplio, es de la mayor importancia estratégica para las naciones ribereñas de este Mar de las Antillas.

El interés de la diplomacia mexicana por la integración caribeña se ha visto acentuado en los últimos años a partir de la visita que el presidente de México hiciera a la XI Conferencia de Jefes de Gobierno del CARICOM, en julio de 1990. Además de la activa participación de México en los trabajos del Banco de Desarrollo del Caribe y en coordinación con el Grupo de los Tres (Colombia, México y Venezuela).

Por medio del Acuerdo de San José, se cuenta con novedosas fórmulas que permiten utilizar una parte de la factura petrolera para apoyar proyectos de desarrollo prioritario según lo determinen los propios países beneficiarios.

Un Caribe anglófono dinámico y próspero, culturalmente prolífero e imaginativo, orgulloso y altivo, con una creciente vocación por vincularse con los demás departamentos del sólido edificio del Caribe amplio, es el mejor vecino al que puede aspirar nuestra tercera frontera.